

# Flechas

## El Director del Instituto de Alajuela

¿Qué clase de educador es este Director del Instituto de Alajuela para que así haya hecho agitarse una masa de estudiantes hasta hace poco sumisos y dóciles?

No lo conozco, pero si ha movido hasta ese punto una juventud inteligente y ansiosa de justicia, hay que imaginar un espíritu joven, sereno sobre su base de estudio y meditación.

Sencillo, generoso, tenaz.

Con las ventanas de su inteligencia abiertas de par en par a todos los rumbos.

Bien lejos de esos conductores de hombres que dice Wells a quienes el Estado permite serlo con la condición de que no los lleve a ninguna parte; o de los que estimulan el ardor de sus alumnos como los clarines, con ruido, sin palabras e ideas.

Los alumnos del Instituto de Alajuela no quieren que se abran sus puertas, porque claro, no pueden concebir el establecimiento sin la noble presencia que estuvo en contacto con sus anhelos, sus alegrías, sus penas; que, hizo amar el trabajo y el estudio y que procuró ser justo. Que fue en su vida como el sol que no desciende de su altura, pero cuya luz se derrama por la tierra sin miedo y sin ascos y que no se escalima a los valles por parecerle más honroso quedarse en la cima de los montes.

Sí, tiene que haber sido un gran educador, para que los alumnos del Instituto de Alajuela se hayan movido como se han movido.

Y si no fuese así, cómo calificar la actitud de estos estudiantes?

## Estudiantes

Un grupo de estudiantes va de paseo al campo.

Es una mañana luminosa del veranillo de San Juan. El cielo está azul y pasa el viento despeinando las cabezas inquietas de los muchachos.

Se alejan bulliciosos y dejan en la calle una estela de juventud.

Hay un profesor joven y romántico que los mira alejarse con una sonrisa beatífica e indulgente. Con ella pareciera decir: ¡Qué visión encantadora es esta de un grupo de estudiantes! ¡Benditos seáis loquillos amables! Divertíos, reid, gritad!

A las puertas salen muchachas y comadres, y todos los ojos siguen el grupo con risueña condescendencia.

¡Oh los estudiantes!

Dos de ellos llevan unas escopetas viejas, de esas que se cargan por la boca, que lograron escamotear a quien sabe qué abuelo o tío abuelo. En alguna bolsa van la pólvora y las municiones conque han de matar animalitos de Nuestro Señor.

Se dividen. Entre las mujeres la división obedece sobre todo a cuestión de clases sociales. No faltan en los grupos

almillas serviles que se creen ascendidas en la escala zoológica si charlan o logran relacionarse con una compañera de colegio, perteneciente a una familia de compañillas. Las voces femeninas relatan asuntos de películas de actualidad; las varoniles hablan de deportes y de efímeros noviazgos...

Llegan a orillas de un río. Hombres y mujeres se separan porque van a bañarse. Al desvestirse, una muchacha sorprende unos estudiantes que atisban a través de unos matorrales. Las niñas chillan y hacen melindres. Las más desenfadas se cubren el pecho y les gritan destempladas:

—¡Sinvergüenzas!

Ellos se ocultan y se ponen a hablar indecencias.

Entre tanto los portadores de las escopetas se ocupan en cargar las armas.

Un gato de la vecindad y un pobre hijo son las víctimas de su puntería.

Cuando terminan de almorzar hacen como se acostumbra en casi todos los paseos,—sea gente bien o sea gente mal—guerrillas de frijoles, de trozos de pan, de huevos duros.

Un sapo es deshecho a pedradas. Allí queda el animal, en mitad del camino, con los ojos más saltados que de costumbre, las tripas de fuera y las extremidades implorantes.

(Y hacía poco tiempo que con el profesor de Ciencias Naturales aprendieran que estas feas creaturillas ayudan al agricultor a librar sus sembrados de insectos dañinos).

Las niñas sensibles han huido con pequeños gritos cuando los muchachos—estudiantes valientes y esto y lo de más allá—la han emprendido a pedradas contra un animalillo inerte.

Se han introducido a un piñal y robado piñas. Las más hermosas y maduras. Los más galantes pelan unas frutas para que las damitas participen de su latrocinio. Un campesino los sorprende y les grita:

—Eso es, róbenselas todas; como a ustedes no les ha costado doblar la concha al sol para sembrarlas y cuidarlas. Rateros, hijos de tal. Más les valiera en vez de estar aprendiendo tanta ciencia, aprender a respetar el trabajo ajeno.

—¡Viejo entrometido!.. vociferan los estudiantes.

Los de las escopetas amenazan al viejo con el arma:

—¡Cuidado te matamos, viejo cucharilla!

Una mujer los apostrofa enojada:

Eso es lo que enseñan en las escuelas. Achará la plata que gastan en ustedes.

—Cállese el hocico, vieja sarnosa—gritan los estudiantes.

Los muchachos todos silban, gesticulan como diablos y huyen.

El inspector que quiere congraciarse con ellos los sigue riendo. La señorita profesora que los ha acompañado, llevará el chisme al Director y tendrán un arresto o una mala nota en cualquiera asignatura.

Entran en la ciudad, decidores, rientes, bulliciosos, llenos de polvo y de sudor y con las piñas a cuestas.

¡Oh, los estudiantes!

CARMEN LYRA

Julio de 1929.